

OARSO hace ya muchos años que ensayó el dedicar sus páginas a tratar con preferencia un sólo tema. Es proclive hacia lo monográfico y, la verdad, no le ha dado mal resultado el mantener esta tendencia. Los comentarios de cuando se habló, tanto de la Universidad Vasca, como de la figura del Alcalde de nuestros pueblos y hasta de las Autopistas, vienen a decirnos que el planteamiento merece la pena y que resulta constructivo. El contemplar un mismo asunto a través de los diversos y diferentes prismas por los que lo vieron y lo exponen los autores, termina dándonos, si no la total comprensión de lo tratado, sí una formal idea de lo que acontece en su derredor.

Y este año insistimos. Nos reiteramos en lo monográfico y además, con eso, con un además, ya que esta vez volvemos de nuevo sobre algo que ya se trató hace muchos años.

Los que se acuerden de la vez anterior sólo tendrán que comparar la enorme diferencia de las situaciones a las que en aquel entonces—era en 1963—nos llevaba el trato entre los nativos de este país y los inmigrantes—«Coreanos» era entonces el apelativo más generalizado para ellos—, con la forma en que hoy nos vemos unos y otros.

Este es precisamente el motivo por el que OARSO vuelve de nuevo a tratar el tema de la inmigración en nuestro país: la diferencia y el fenomenal cambio de parecer ocurrido durante este tiempo, tanto en unos como en otros que hace, a nuestro juicio, el que hoy todos o... casi todos, se sientan vascos.

A cargo del lector dejamos la crítica y el comentario sobre los resultados de este trabajo que, podemos asegurar, lo hemos llevado a cabo alentados tan solo por nuestro buen deseo hacia nuestro pueblo, por renterianismo.